

Cómo introducir el pie entre coche y andén ... y ¡Otras historias de andar por casa!

Eloy M. Zambudio

Cómo introducir el pie entre coche y andén



... ¡Y otras historias de andar por casa!

ELOY M. ZAMBUDIO

Capítulo 1

CÓMO INTRODUCIR EL PIE ENTRE COCHE Y ANDÉN

El hombre encuentra en el bolsillo de la chaqueta un par de monedas de dos euros y un par más de céntimo. Se levanta de la silla se apoya en la barra y tras carraspear llama a Antonio con la mano. Antonio, el dueño del bar, se acerca con media sonrisa dibujada en la cara:

—Cuéntame tus penas, Edelmiro —carcajea retirando el café y el platito del desayuno—. ¡Y cómete ese medio churro, por dios, que no quiero que te quedes mal desayunado.

Edelmiro Fernández mira a un lado y a otro de la barra, se acerca al dueño y, de tal manera que solo él le oiga, comienza a excusar:

—Antonio verás, ¿sería posible que...? —¡Por favor, Edelmiro! No te preocupes por

eso, buen hombre —interrumpe—, que no están los tiempos como para perder dinero pero tú eres buena gente.

—Gracias, Antonio. Muchas gracias...

—Ni gracias ni gracias, que tengo echada la cuenta —responde entre risas, dejando el vaso y el platillo en el fregadero— ¡Cuando encuentres un buen trabajo vienes y nos invitas a todos a una ronda! ¡Me cago en la mar salá!

Edelmiro sonrío cabizbajo. Lleva más de cuatro años parado. Rondando los 50 años la cosa no está muy bien que se diga. Cualquier mucha- cho recién sacado del horno universitario te pega mil vueltas en cualquier oferta del periódico.

«¡Oye! ¡En experiencia desde luego que no! ¿Eh?», articula siempre Damián cuándo sale el tema en la partida de cartas. «Que tú, Edelmiro, tienes carretera en los seguros para hacer un ta- pón en la Gran Vía».

Y en otra cosa lo mismo sí, pero en eso no se confunde Damián. Edelmiro ha pasado por las mejores aseguradoras. Ha formado grandes agen- tes comerciales. Ha conseguido grandes objetivos en multitud de campañas. Pero hay una evidencia que eclipsa todas esas hazañas. ¡Con cincuenta años no te contrata ni Dios!

Edelmiro estaba en su despacho y entró Fabián González, su director ejecutivo. Que si la empresa iba así y asá, que había que prescindir de los pluses, que tal vez ya no tenía que ir a tantas reuniones con los clientes,

que si no estaba pensando en tomarse ya un retiro así a buena ganancia... «Lo típico», pensaba Edelmiro recién cumplidos los cincuenta. «Lo típico cuando un cabrón con pintas quiere ponerte de patitas en la calle».

Y así sucede cuando llegan estas situaciones: Edelmiro Fernández, que otra cosa no, pero tenía carretera en los seguros para poner a cualquiera un piso en la Plaza Mayor, se ve con cincuenta años sin trabajo, con una mano delante y otra detrás y de rechazo en rechazo en cada oferta. Y tras cuatro años parado pues a cualquiera se le cae la casa encima. La familia le echa un cable, los hijos (mal que bien) hacen lo que pueden y la familia se tiene que apretar el cinturón. Porque otra cosa no, pero con cincuenta y tantos años, es que ¡No te contrata ni Dios!

Y los días de ver clientes, almorzar y negociar convenios, de vacaciones pegado al teléfono de la empresa, de charlas motivacionales a equipos de trabajo dan paso a largas caminatas por la ciudad, ir de aquí para allá postulando ofertas de empleo ante jefes a los que das sopa con ondas y a deber (día tras día) el dinero del café con churros al pobre Antonio. Que menuda paciencia tiene el pobre Antonio.

Edelmiro, que siempre ha tenido buena memoria, sale del bar y camina tranquilo hacia la estación de metro más cercana. Hoy se dispone a dejar su currículum en otra agencia de negocios. Antes, pasa por el quiosco de Ramón que, sabiendo su situación, siempre se hace el despistado con que no tiene para darle suelto y termina regalándole el diario para que eche un ojo a las ofertas de empleo.

—¡Que no te preocupes, Fernández! —dice- siempre Ramón —Si no me lo pagas mañana, me lo pagas pasado, hombre. Y cuando encuentres un buen empleo me invitas a unas rondas en el bar.

Y Edelmiro, con un bolígrafo sin tapa, se dedica a redondear ofertas de empleo en el diario que todos los días le regala Ramón el quiosquero.

Camino a la estación echa mano al bolsillo de la chaqueta. Tantea el par de monedas de dos euros y otro par más de céntimo. Menos mal que la ubicación de la empresa dónde va a dejar hoy el currículum está a pocas paradas del bar de Antonio, porque si tiene que cargar la tarjeta de metro con la mierda de calderilla que lleva no llega ni de Alonso Martínez a Quintana con el precio del billete simple....

«¡Hay que joderse lo caro que está hasta el metro!», piensa Edelmiro cada vez que tiene que desplazarse a alguna oferta. A veces, aunque las distancias sean amplias, Edelmiro camina. Tampoco tiene nada mejor que hacer. Pasear. En eso consiste el tiempo de un cincuentón desempleado en busca de algún trabajo que pueda realizar. Porque cuando no le dicen a Edelmiro que está demasiado preparado, dicen que no sabe Chino

Mandarín a nivel bilingüe y algunas nociones de Moldavo, por si se da el caso. Y siempre son jóvenes, que saben muy bien hablar Moldavo, los que le entrevistan.

«¡Hay que joderse lo difícil que está el tema de los idiomas», piensa Edelmiro, cuándo los recién titulados objetan que es imprescindible saber Griego clásico para optar a los 934€. «Por si se da el caso de tener que hablar en Moldavo en las oficinas con quince trabajadores de Moratalaz, nos ha jodido...».

Al entrar al vagón, Edelmiro busca donde sentarse para leer el periódico y seguir escrutando ofertas. Se acomoda en el último lugar del vagón y, tras leer los resultados de la quiniela, da un vis-tazo fugaz a la sección de política. Luego comienza a repasar, uno por uno, los anuncios laborales. «Próxima parada San Bernardo. Estación en curva. Tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén».

Telemarketing. 35 horas semanales. 450€ (...) ¡Oportunidad de hacer carrera en la empresa! «Hacer carrera de maleante», bufa en el asiento. Y continúa: community manager de (...), 2 meses de prueba con posibilidad de contrato indefinido; fórmate como consultor de hardpicking terminal (...), la profesión del futuro. Edelmiro dobla el periódico para no molestar al hombre repeinado que ha entrado a voz en grito hablando por el teléfono móvil.

—Sí, hombre, tu tranquilo —dice el interfecto repanchingándose en el asiento junto a Edelmiro—. ¡Que el trabajo es tuyo! Escucha, tú le dices que vas de mi parte... ¡y tirando millas!

«Próxima estación: Alonso Martínez».

—Tú tranquilo —sigue el hombre, alargando las palabras—. Que yo me llevo de puta madre con don Julián... Sí, Julián Valmaseda. Tú le dices eso, que eres muy amigo de German Costelló. Él ya lo sabe por que yo se lo he dicho: que has estado un huevo de años en buenas aseguradoras. ¡Eso es!

Edelmiro para de emborronar la página de ofertas de trabajo y mira al hombre de soslayo. Un tipo elegante. Con chaqueta y corbata de las caras y zapatitos marrones de punta.

«Un chaval», piensa Edelmiro, porque el tipo no debe tener más años que su hijo Esteban. Unos 36 así por lo alto.

—¡Que sí, tío! —ríe el trajeado—. Yo ya le he dicho que me haga el favor y que te dé un puestazo, que te conozco de hace mil años. Pero llámale esta misma mañana y ¡Eh!, ya nos metemos una buena para celebrarlo, ¿o no?

Ríe de forma que (según piensa Edelmiro) es extremadamente sobreactuada para que la gente del vagón sea partícipe del éxito de su negociación.

—¿Cómo? Espera que no tengo mucha cobertura. ¿Qué dices? ¡Hombre, nos ha jodío que pagas tú, mamón!

«Próxima parada: Colón».

—Sí, eso es, Edificio Ajalvir, planta 3a. Tú pregunta directamente en centralita por Don. Julián Valmaseda. Que vas recomendado por tu amigo Germán Costelló. Eso es, por el puesto de Asesor Comercial. Mira, apunta el número de su secreta- ria. Se llama Elvira. El-vi-ra...

El hombre de traje y corbata caros se gira ha- cia Edelmiro:

— ...Sí, ahora te digo espera —tapa su teléfono antes de continuar—. ¿Perdona, ésta dirección es la de Arturo Soria, ¿No?

Edelmiro dobla su periódico. □—Sí, va hasta Pinar de Chamartín. □—Gracias —destapa el auricular y continúa la

cháchara—. Nada, yo casi llegando a Arturo So- ria. Tú te tienes que bajar en Lista. Yo hago una visita a un cliente en Avenida de La Paz y luego me paso por el Charly y lo celebramos. Sí, sí, tú tranquilo, te oigo perfectamente. Cuéntame. Lo que dure la cobertura... ¡Eh! Pero llama, no me jodas...

«Próxima parada: Serrano».

Edelmiro abre de nuevo el periódico. La ofer- ta que ha visto está a dos paradas. Las puertas del vagón se abren de par en par y Edelmiro se levanta. El tipo elegante ocupa ahora el asiento, mientras continúa con su charla triunfal.

Y así sucede cuando llegan estas situaciones: Edelmiro Fernández aprieta el paso. Esquiva tan rápido como puede a la marabunta de personas que acceden al vagón en la estación de Serrano. Sube corriendo los escalones de piedra y siente cómo se le acelera el ritmo cardiaco. Al llegar al exterior busca un banco. Encuentra uno a pocos metros de la salida del metro. Se sienta jadeante. Abre el periódico, saca el bolígrafo Bic sin tapa para tomar nota. Aún no ha recuperado el aliento cuando saca su móvil del bolsillo y marca el número. Al otro lado de la línea responde una voz femenina:

—Despacho del señor Valmaseda, ¿en qué puedo ayudarle?

Edelmiro duda. La voz al otro lado repite la frase de forma casi idéntica.

Con el aplomo de un profesional que tiene más carretera en el mundo de los seguros como para vender a cualquiera una botella del peor Jalisco en el desierto, carraspea y responde:

—Buenos días señorita. ¿Es usted Elvira? Soy Edelmiro Fernández. Me ha puesto en contacto con ustedes Don Germán Costelló. El señor Julián Valmaseda está esperando mi llamada.

—¿Qué tal, señor Fernández? —responde en tono alegre la secretaria—. Llama usted por el puesto de Asesor, ¿verdad?

Capítulo 2

EL COLOSO EN LLAMAS

El escritor lanza la chaqueta en el sofá, entra en el estudio, enciende el ordenador y escribe un nuevo poema.

Viene de mantener una conversación con la que hasta hace menos de 2 horas ha sido su pareja durante año y medio. Abusando de calificativos negativos, crueles, algunos hasta injustos, y escenas que no dejan especialmente bien a la que por un tiempo fue su musa, el escritor crea el que podría ser el mejor poema de desamor de todos los tiempos.

Su agente literario, al terminar la primera lectura del escrito, queda sin palabras.

Enciende un cigarrillo que deja en el cenicero (junto a otro cigarrillo candente) y vuelve a leer "Tiempo de pérdidas". Definitivamente, concluye, es el mejor relato de desamor jamás escrito hasta el momento.

Cinco minutos más tarde, el agente, contacta con el editor que —acostumbrado a recibir textos poco gananciales del escritor— queda tan boquiabierto que envía una orden para que detengan la impresión de la última novela ganadora del Premio Manolo Cifuentes de Narrativa Universal. En tan solo unos meses, el mejor relato surgido de las teclas del escritor, sale incluido en una Gran Antología de Poetas Urbanos. Las revistas especializadas se hacen eco de ésta nueva apuesta y contactan con el agente literario que firma numerosas presentaciones y charlas para el escritor. En pocos días visita Sevilla, aterriza en Madrid, desciende de un AVE en Barcelona, desembarca en Las Palmas de Gran Canaria.

En definitiva, "Tiempo de Pérdidas", gira por toda la península consagrándose como la mejor poemática de desamor de todos los tiempos.

La aceptación va a más. Surgen numerosos grupos de fans en redes sociales y tal es su alcance (con la presentación del libro "Tiempo de pérdidas y duros desamores") que salta la frontera para instaurarse en los países cercanos del escritor. Cuando el autor está a punto de terminar su nuevo producto, trabaja frente a la fotografía de una pareja que se abraza tiernamente junto a un lago. Con el cenicero a rebosar en el escritorio y una botella de whisky a medio acabar, decide que el título será esta vez: "El amor es para estúpidos". □ Su agente, soplando en un pañuelo y secándose los lagrimones que le caen por las mejillas, comprueba cómo en menos de 4 meses el escritor ha superado "Tiempo de Pérdidas" con creces. Tanto es así que, sin abusar de calificativos negativos, agresivos y

algunos hasta hirientes, el texto es incisivo a rabiar, por lo que envía el último producto del poeta al editor.

A pesar de que finge tener algo metido en el ojo ante los trabajadores, el editor hace parar las rotativas y lanza un recopilatorio con trabajos del escritor que incluye la nueva "El amor es para estúpidos" junto a la anterior "Tiempo de Pérdidas". Los ingresos tras su publicación son incalculables.

En las tascas literarias se ponen a estudio los textos del escritor. Se intenta llegar al sentido que da el autor acerca del amor; su proyección, su emoción y, sobre todo, su ausencia.

En los cursos de escritura y literatura creativa se toma como una referencia para la nueva poesía. Surgen autores noveles que bajo el lema "inspirado en Tiempo de pérdidas" o "El amor es para estúpidos" se van haciendo un hueco en redes sociales y canales de Youtube.

Es primavera, y el escritor cuelga en el perchero la chaquetilla, entra en el estudio, enciende el ordenador y escribe un nuevo poema.

Desde El Amor es para Estúpidos no ha presentado nada nuevo. Viene de mantener una bonita velada y de practicar sexo con la que desde hace unos meses es su prometida.

Haciendo gran uso de calificativos dulcorados, bellas y armoniosas conjunciones, y describiendo escenas que a cualquier musa llenarían de coloretos, el escritor crea lo que piensa que podría ser el mejor relato de amor pasional hasta la fecha.

El agente literario fuma con parsimonia mientras, por segunda vez, lee la propuesta recibida de mano del escritor. Al cabo de unos minutos, cuando tras varias correcciones da por bueno el nuevo poema, contacta con la editorial. El mejor relato de amor pasional hasta la fecha, creado por el escritor, llega a manos del editor a los pocos días de ser revisado por el agente, que mientras tanto ha estado leyendo nuevas propuestas de jóvenes promesas.

El editor, lee un par de veces el nuevo proyecto, pero invierte unos días en terminar otro proyecto en producción antes de lanzar lo nuevo: "El amor es una mierda", es un poemario recibido hace semanas por parte de un joven autor que (al parecer), tras romper con su pareja de hace muchos años, ha escrito el poema de amor más trafullero, cargado de despecho y rabia.

Cuando por fin llega a las librerías la continuación de "Tiempo de Pérdidas" y "El Amor es para estúpidos", no alcanza la recepción que se esperaba. "Una nueva esperanza", la nueva propuesta de amor pasional

del escritor, permanece en la lista de lo más vendido pero, bien es cierto, no consigue llegar al primer puesto. En ésta ocasión, "Yo por ti me mato", un poema de una

joven escritora descubierta en redes sociales, es la que goza inesperadamente del beneplácito del lector. El escritor de "Tiempo de Pérdidas", "El Amor es para Estúpidos", y "Una nueva esperanza" continúa participando en tertulias literarias, impartiendo cursos de poesía y como jurado en concursos; en muchos de ellos coincide con la autora de "Yo por ti me mato" o con la joven promesa del género con "Podrido de Amor, Catalina", un veinteañero ganador del último premio poético de Carlangas Borraderas.

El agente literario, por mantener en las listas al escritor, consigue que este participe como jurado en un prestigioso premio nacional de literatura romántica. La noche del fallo del jurado, el escritor acude varios minutos tarde, con los ojos enrojecidos y fingiendo que tiene un pequeño resfriado. Viene de cenar con quien, hasta hace unas horas, fuera su pareja durante varios años. El premio de poesía romántica Joaquín Mochuelo recae en una joven veinteañera, descubierta por redes sociales cuya pareja (también mujer) la ha abandonado recientemente.

El jurado (incluido el escritor) hacen pleno al elegir "Beberé mis lagrimas por ti" como el mejor poema romántico de todos los tiempos.

A la chica le llueven ofertas editoriales tras su paso por el certamen. En las numerosas entrevistas que realiza a los medios especializados siempre deja claro que si no hubiera sido por "Tiempo de Pérdidas" su amor por la poesía nunca hubiera resultado tan puro y bello.

Empieza a ganarse un hueco entre autores consagrados y, en detrimento de poemas como "Una nueva esperanza", se hace varias veces con los primeros puestos del ranking de ventas.

Con la casa patas arriba, camisas y pantalones tirados en el suelo del salón, el cenicero rebosante de colillas y varias revistas especializadas (dónde se recuerda el primer éxito de Tiempo de pérdidas) el escritor se sienta frente al ordenador. Fuma tranquilo. Bebe de un trago el whisky y vuelve a llenar el vaso. Así dos veces más. Toma la foto que tiene en el escritorio. Una pareja sonriente, rompiéndose en un abrazo feliz. Lanza el marco contra la pared y se salta en pedazos. Enciende un cigarro y lo coloca en el cenicero, junto a otro a medio quemar.

Acaba de dar forma al relato amoroso que (tampoco le importa demasiado) podría ser lo mejor que ha escrito jamás en su vida.

El agente literario se resbala del sofá mientras acaba la primera lectura del nuevo texto del escritor. Marcando por error varias veces, termina

llamando al editor para pedirle que paralice lo que sea que esté preparando. El editor tartamudea al pedirles a sus empleados que paren la producción de "Beberé mis lágrimas por ti", doceava edición, para llevar a imprimir la nueva obra del escritor.

Tras despedirse entre felicitaciones de su agente literario, el escritor se introduce en la bañera a trompicones. Bebe un gran sorbo de la botella medio vacía de cava. Tumbado, alza la mano izquierda y clava la cuchilla con profundidad a la altura de la muñeca. Aguantando el dolor abre una herida profunda que, al cubrir de sangre la mano derecha, repite en la otra mano.

A los pocos días, cuando la policía alertada por el agente literario entra en el piso encuentra a un hombre desnudo bañado en sangre, con una botella vacía a los pies de la bañera y una cálida sonrisa.

"Jamás seremos como fuimos", la obra póstuma del escritor, se convierte en una obra de culto en los círculos literarios.

Capítulo 3

PUBLICIDAD ENGAÑOSA

La señora que viene del mercado se queda parada junto al tumulto de curiosos que están en el portal número 29 de la calle de la Amargura. “¿Qué hace ahí?” pregunta un hombre que, encendiendo un cigarrillo, se acerca al séquito de pasmarotes que están con los ojos puestos en el piso 4. “Está diciendo que se va a tirar”, responde una chica (unos 26 o 27 años, muy probable) sin dejar de grabar al hombre que está con medio cuerpo fuera de la terraza.

—¡Que me tiro! ¡Esto es un desacato en toda regla! —grita el hombre al tumulto de cotillas que cada vez va en aumento.

—¿Qué ha dicho? —pregunta la señora que viene del mercado.

—Pues no lo he oído, la verdad —dice una

mujer de traje y maletín—. ¡Oiga! ¡¿Puede repetir?! —¡No hemos oído nada!

—¡Que me voy a tirar! —grita el hombre encaramado al balcón.

—Que se va a tirar, dice —comenta la mujer de traje y maletín al hombre del cigarro.

—¡Amos no me jodas! ¿Aquí? —grita—. ¡Oiga no se tire aquí, hombre!

Al murmullo de los asistentes se suma el sonido de la sirena del coche patrulla que llega que-mando rueda. Dos agentes piden a los curiosos que hagan hueco.

—¡Oiga, haga usted el favor! ¡¿No ve que aquí hay gente?! —grita uno de los dos policías, el menudo, que parece no tener muy buena gana de presenciar un salto a la vía pública desde el piso 4 de la calle de la Amargura.

—¡Es que son unos sinvergüenzas, señor agente! —grita el hombre desde balcón.

—¿Qué ha dicho? —pregunta el policía menudo a su compañera.

—No tengo ni idea jefe, no le oigo —responde—. ¿¡Oiga, no podría repetir!?! ¡No hemos oído nada!

—Creo que ha dicho que no le llevan a Sigüenza, señor agente —dice un chaval que está parado en su tabla de skate.

—¿Por qué no le llevan a Sigüenza?! ¡Venga hombre, no se tire! Si habrá más ciudades que Si- güenza!

—¿¿Cómo?? —grita el hombre que pretende suicidarse—¿Qué quizá me lo merezca? ¡Habrase visto qué poca empatía con un estafado!

El policía menudo, vuelve del vehículo con un megáfono. La idea de tener que estar asistiendo a un pamplinas en lugar de estar viendo el fútbol lo desespera.

—¡Vamos a ver, caballero, tranquilo! ¡No haga por matarse, hombre!

—Dígale que hay más sitios, jefe —añade la compañera policía—, que Sigüenza tampoco es tan bonita.

—¿Qué? —responde el agente mirando de reojo a su compañera.

—Que Sigüenza no es tan bonita, jefe. Yo he estado unas cuantas veces y le aseguro que hay millones de sitios más bonitos que Sigüenza.

El policía bajito carraspea, señala el walkie

a su compañera y le insiste con la mirada para que pida un par de coches más. Mira su reloj. Las 21:00 en punto. No llega a ver el partido de fútbol del Atlético Miracuellos ni por casualidad.

El hombre del cuarto piso se sujeta con fuerza a la barandilla.

—¡Baje aquí, señor! —insta el policía—. ¡No haga el pardillo hombre!

—¡Es una vergüenza, agente! Yo pedí una hamburguesa con queso como la del anuncio y me han traído una birria que parece que la ha pisado un camión.

El policía hace un gesto con los hombros, de no entender nada.

—¡Que parece una zapatilla! ¡Por el amor de Dios, señor agente! ¿No podrían traerme una hamburguesa como la del anuncio?

—¿Cómo era la del anuncio? —grita el policía menudo, a través del megáfono. □ El hombre se agarra fuerte a la barandilla.

—Pues grande, ¡y hermosa! ¡Y fresca!, señor agente —empieza a lloriquear— y con su lechuga bien verde y su queso fundido que daba

lástima empezar a comer. Y en lugar de ese manjar, ¿qué

me traen? □ —¿Qué le traen? ¿Qué ha dicho? —grita una

voz entre los presentes. □ —¡Me traen una suela de zapato! ¡Con el pan

chuchurrío y el queso pegado al papel! ¡Eso es publicidad engañosa, me cago en lo más sagrado!. La mujer policía se acerca al jefe intentando alejar a más curiosos.

—Hombre jefe es que tiene razón. Yo cuándo he pedido una hamburguesa me han traído un churro que no era ni parecido.

—¿Pero qué tiene que ver eso ahora? —grita el policía.

—¡Nada, nada! Yo solo digo que el hombre tiene razón y está en su derecho de lanzarse.

—¿Qué me lance? —grita el hombre desde arriba.

—¡Que se tire hombre, que tiene usted razón! —grita un chico que va con una bicicleta y un pedido a domicilio —¡y además esa gentuza paga una mierda a los repartidores, se lo digo yo!

—¡Usted quiere dormir en el calabozo esta noche! —gruñe el policía menudo al chico del reparto.

—No, no, señor agente. Yo solo digo cómo está el patio —responde alejándose de la escena—. Que el señor otra cosa no, pero razón tiene. Se lo digo yo. □ Pasan varios minutos (una media hora quizá) y el hombre, en un descuido, se trastabilla del balcón. El público se alarma. Primero se separan por si el hombre cae encima de ellos, y luego, a continuación, una mujer deja escapar un grito apagado.

—¡Joder, eso es como el grito Wilhelm! — agrega un estudiante de cine que está parado junto a la señora que lleva bolsas de la compra.

—¿Qué cojones dice ese? —pregunta el agente menudo.

—¡El grito Wilhelm! Ya sabe: "aaaaaah"— gorjea el chico—. Se usa mucho en el cine.

—¡Esto no es una película, gilipollas! —interviene la mujer del maletín
—¡Ese hombre se va a tirar!

—¡Vamos a ver señor, cállese! —reprocha el policía—. ¡Cállese, ya!

—¿Qué? ¿Qué me tire ya? —grita el hombre desde arriba— ¡Yo sólo quería una hamburguesa como la del anuncio, con su lechuguita verde, fresca, con su queso fundido! ¡Qué injusto! ¿Sabes qué? ¡Me tiro!

El círculo de personas se abre aún más ante la amenaza inminente del suicida. El policía menudo, viendo que al final con el papeleo, la asistencia del forense y demás explicaciones se va a perder el partido de fútbol, cierra los ojos. La compañera del policía menudo se lleva las manos a la boca en el momento que el hombre se suelta de barandilla. La mujer del maletín se tapa la cara con la mano entreabierta. Al señor del cigarro se le queda pegado en el labio el pitillo el cual acaba cayéndose. La señora que viene del mercado suelta otro grito apagado mientras se le cae una bolsa del Caprabo al suelo. El estudiante de cine contempla la caída libre pensando cómo incorporar un suicidio a su nuevo cortometraje. La chica que está grabando la escena con el móvil sigue con el brazo rígido mientras captura la caída.

El hombre ha saltado desde el 4o piso de la calle de la Amargura. La caída es rápida. Silenciosa entre el murmullo callejero de sirenas y voces.

Piso 3. Piso 2. Piso 1. □ El cuerpo impacta contra el suelo. No hay

sangre ni huesos rotos. Cuando la cara del hombre toca el suelo, este absorbe el impacto hasta el punto que el suicida es chupado por la calzada como si hubiese caído en una cama de agua. Se abre un amplio hoyo y, de pronto, el suelo expulsa de nuevo al hombre, como un trapeceista que ha ido a parar a una cama elástica. Esa ascensión tan frenética lo ha devuelto al mismo punto donde realizó el salto al vacío.

La gente, incluido los policías, abandonan la escena con una extraña sensación. Como esas veces que pides una hamburguesa a domicilio, con su lechuga verde, fresca, y su queso fundido... y te entregan una birria que parece la suela de una zapatilla.

Capítulo 4

MUNCHAUSEN

Las risas y las ovaciones van en aumento. Cada frase que lanza Eufrades al público es devuelta con diversos "¡Hala!", algún "¿En serio?" y sobretodo (que nunca faltan cuándo Eufrades arranca a contar anécdotas) algún sonoro "Ohhhh".

¿Y qué pasó con ése tipo? – pregunta Lourdes.

¿Qué tipo? – Responde el artista.

El del acordeón, hombre! – recuerda Jorge.

¡Ah! ¡El del Acordeón! ¡Madre mía! Si es que, ¿sabéis?, ha pasado tanto tiempo que ya no los recuerdo a todos – justifica éste.

Es el más pintón de la oficina. Siempre está cuándo lo necesitas y también, muchas veces, cuándo no necesitas, para ayudar a ordenar archivos o a comprobar correos atrasados. Pero siempre está pendiente de cualquier detalle para intervenir.

Una vez, de camino al descanso de media tarde, mientras Eufrades contaba cómo atrapó a 2 mangantes intentando robar a una señora en la calle se paró a ayudar al técnico de la impresora. El hombre, al parecer según contaba Eufrades, no tenía muy claro por qué la máquina sacaba los folios con pequeñas manchas al borde pero como él tuvo su propia imprenta se las ha visto mil y una vez con aparatos escacharrados que luego, entre que llamas a la empresa y vienen y se llevan la máquina y la toquetean y ven si falla esto o lo otro y te la devuelven (según explicaba), te sale más a cuenta remangarte la camisa y arreglarlo tú mismo.

Una mañana, según contó en un almuerzo, trabajando en una empresa de seguridad nacional; tuvo que transportar un número exorbitado de dinero de punta a punta de la ciudad. Le habían ascendido rápido, en unos 2 o 3 meses más o menos decía, y había acabado como supervisor de los repartos importantes. Pues una vez, así lo contaba él en un almuerzo, acompañaba a 2 guardias (mientras les entretenía con sus anécdotas en la Alemania Federal) y sufrieron un robo en plena carrera.

¡Qué miedo! – Dijo Amelia - ¿Y tus compañeros cómo reaccionaron?

¿Quiénes?

¡Hombre, los guardias, Eufrades! – bramó Luis.

¡Ah! Bueno claro que es que de esto hace tanto tiempo que no recuerdo muy allá sus nombres.

Y si se piensa es normal. Muchas veces el tipo más pintón de la oficina no se acuerda de todos, todos, todos los detalles. Entre los “¡Hala!”, algún “¿En serio?” y sobretodo (que nunca faltan) algún sonoro “Ohhhh”; es respetable que algún detalle se quedé en la libreta.

A veces, a media tarde, para que no se haga tan pesada la jornada, alguien del departamento pide a Eufrades que cuente historias. Porque pase lo que pase, en todo momento, él (que es de los más atentos de la oficina) siempre tiene a mano historias que contar.

Pues ahora que dices del archivo que no se abre –dijo una vez a Luis – Recuerdo lo que me pasó en el Nilo cuándo.

¿Qué hacías tú en el Nilo? – pregunta Amelia.

¡Bueno! Es que menuda historia ésa – ríe Eufrades – Fui voluntario durante varios años en campañas de arqueología, y en una de esas que nos mandaron fuera pues ...

¡En el Nilo! ¡Lo que daría cualquiera por ir a una expedición arqueológica por el Nilo! No es de extrañar que Eufrades tenga tantas historias para contar. Ha viajado muchísimo y ha trabajado en las labores más impensables.

Las risas y las ovaciones van cesando. Cada frase que lanza Eufrades al público es devuelta con diversos “¡Pues nada!”, algún “Pues mañana más” y sobretodo (que nunca faltan cuándo Eufrades termina de contar sus historias) algún sonoro “¡Pues buenas noches, equipo!”.

El hombre sale del bar el último porque se ha quedado hablando con el camarero sobre lo bien que está jugando el Deportivo de Puente Fresno. El camarero escucha, mientras limpia vasos con sonrisa cansada; y el otro cuenta cómo ascendió el director del Deportivo de Puente Fresno, que tienen un amigo en común y se lo contó una tarde de partida de mús.

De camino a casa, Eufrades para en el súper mercado de la esquina. Compra una barra de pan, un paquetito de jamón y otro de queso, y una botella de buen vino. Camina tranquilo observando la calle y ve un hombre andando a tumbos de un lado para otro. ¡Menudo melocotón lleva, el pobre!, se dice mientras se acerca el tipo. El borracho cae al suelo tropezando con su propio pie. Con rapidez y resolución Eufrades levanta al hombre, lo sienta en un banco y (viendo el estado) llama a una ambulancia para que lo atienda cuánto antes. Media hora más tarde,

cuándo los sanitarios están atendiendo al hombre, Eufrades retoma el camino a su casa.

Deja caer las llaves en la mesilla de entrada. Deja el pan y el jamón y el queso en la cocina y; cogiendo un vaso chato, se sienta en el sofá. Salta de un canal a otro, mira el móvil cada poco tiempo para comprobar que no tiene mensajes nuevos y bebe pequeños sorbos en silencio. En la tranquilidad del apartamento, haciendo tiempo para la cena, sonrío recordando al borracho de la calle.

Coge el móvi. Entra en el chat del trabajo y escribe: "¡Madre mía! Mañana os cuento lo que me ha pasado volviendo a casa!"

Cambiando de un canal a otro, bebiendo en silencio, mientras hace tiempo mira el móvil cada poco tiempo, por si alguien de su oficina ha leído el mensaje que acaba de enviar al chat grupal.

Capítulo 5

FUNERAL DE BOCA CHANCLAS

Le pegaba un bofetón que le saltaba todos y cada uno de sus perfectos y blanqueados dientes. Así, sin previo aviso. Que sin verlo venir tuviera los 5 dedos de una mano clavados en la cara con tal potencia que la cabeza le diera 20 vueltas en derredor.

Porque ahí dónde se le ve a Ramón, aunque sea un tío muy guasón y majete y gracioso, sabe de todo. ¡Absolutamente de todo!

Y no solo sabe de todo. No. Es que ha hecho de todo en su vida. Ha estado en todos los países que hay en el mundo. Ha vivido millones de aventuras y siempre, siempre, tiene una historia mejor que la tuya para contar en el bar y arrebatarte la atención del público.

Por no enumerar las veces (que por cierto ni 2 ni 3) que, aprovechando la magnitud de la historia que esté contando, te deja en cuenta las cervezas que ha tomado. Y vale que Ramón sea un tipo simpático, dicharachero y vivido, pero que se vaya del bar dejando una pella de 7 tercios pues como que no. ¡Que listo es el cuenta cuentos!

“Que si, hombre, tu hazme caso a mi, que cuándo fui taxista en Wisconsin aquel verano era de lo más habitual ir con un bolsillo por fuera del pantalón” – dijo a mitad de la partida de mus el pasado domingo. La misma partida en la que Julián decía que le daba coraje ir a Estados Unidos de vacaciones con la Chomi porque los Americanos son un poco de aquellas maneras.

Bueno y con las mujeres ya es para mear y no echar gota. “Durante ése año que estuve de Gerente en el mejor bar de Beirut si no estaba yo el negocio no arrancaba” – le contaba una tarde a unas chicas (una de ellas pelirroja) que no paraban de reír y tocarse el pelo mientras Ramón contaba una historia detrás de otra.

Hace pocos días me llamó Efanor para contarme que Ramón había muerto. ¡Ramón había muerto! ¿Pero cómo que Ramón, el vivido, el mismo que un verano fue taxista en Wisconsin, se ha podido morir? Pues resulta que (nada que no supiéramos los de la cuadrilla) entre historia e historia, Ramón tenía el hígado como una pasa dado el ritmo que se gastaba por lo que, finalmente, había reventado.

¡BOOM! ¡Adiós Ramón!

Menos mal que, de los amigos que hemos ido al funeral de Ramón, no me han endiñado a mi el marrón de hablar en la homilía. Por que ¡Vamos! Me

lanzaba a contar cuándo entrenó a los cadetes franceses del Perrarios de Sant Germain cuándo estuvo de veraneo por Francia y levantaba el animo a los asistentes al funeral. O mejor aún. Salto cuándo Ramón estuvo en Mónaco y nos contó que revisaba cada punto ciego del circuito de Fórmula 1 cuándo trabajaba de seguridad.

Cualquiera tendría mil y una historias que haber contado sobre Ramón en el funeral pero mira, mejor que no me ha tocado a mi salir al atril a dedicar unas palabras sobre ése imbécil.

Y menos mal que ninguno de los amigos hemos tenido que hacerlo porque realmente he ido al funeral de Ramón (y mucho me temo que no he sido el único) para confirmar que, de veras, Ramón la ha espichado. Por confirmar que ése boca chancla ha estirado la pata. No sea que al final Ramón, con todo lo que viajado, vivido, bebido y follado, no haya muerto y aparezca ésta tarde en el bar. Se tome 7 cervezas, nos deje la pella y nos cuente el susto que se lleva uno de haberse muerto así de buenas a primeras.

¡Dios! Es que le pegaba un bofetón que le saltaba todos y cada uno de sus perfectos y blanqueados dientes.

Así, sin previo aviso.

Capítulo 6

¡ÉSE ES MI CULO!

Flaperino Torres está tumbado en el banco de la celda. Está tumbado porque le es imposible poder tomar asiento. Mira al techo gris y comprueba que fuera, en el pasillo, ni siquiera está el guardia de seguridad que lo está custodiando hasta que lo llamen a declarar. Al lado del banco, en una silla de metal, se encuentra aposentado un culo. Su culo. Callado, con la vista perdida, en silencio.

—¡Eres la hostia, macho!—retoma la conversación Flaperino—Pero ¡¿Cómo se te ocurre salir a la manifestación, sin mi permiso, y lanzar ese pedo frente al ministro!?

—Prrrr— Responde el culo.

—Pero ¡Encima no me respondas!—grita Flaperino haciendo un intento frustrado por incorporarse en el banco—¡Que mira en la movida que nos has metido, chico!

Los hechos que llevan a Flaperino Torres al banquillo de los acusados son claros y concisos. Manifestación popular que se va de madre; cánticos de protesta y (ante todos los espectadores del país) un culo que sopla la cara del ministro cuándo sale a calmar el revuelo. Un culo grande, peludo, con un lunar en forma de rombo en la nalga derecha.

El culo de Flaperino Torres.

—¿No sabes que esas cosas van en contra del respeto? —bufa Flaperino al comprobar que no consigue incorporarse en el banco dado que su culo está sentado en la silla de metal, frente a él.

—Prrrrfff—Responde el culo peludo con el lunar en la nalga derecha.

—Ah ino, no, no! Por ahí no paso.—Dice mirando al techo, sin intención de incorporarse—¡A mi no me llames cobarde! ¡Yo no quise manifestarme y estoy en mi derecho de no hacerlo!

La conversación se ve interrumpida ante pasos metálicos que se aproximan a la celda. El juicio va a empezar. Flaperino mira al culo. El culo mira a Flaperino. Se gira para ver que el guardia del turno de tarde está abriendo la puerta, en silencio.

El culo vuelve a mirar a Flaperino:

Capítulo 7

¡ME CAGO EN DIOS!

“¡Que tú no puedes ser Dios, Ramón! ¡No digas tonterías!”.

Dándo un manotazo en la mesa, que retumba en todas las esquinas del Bar Benancio, Efanor tira el hueso de aceituna al plato, con mala baba. Los parroquianos dejan de hablar, miran un segundo, en silencio, hacia la mesa y retoman sus ocupaciones. Los dos borrachines que se sujetan (uno a otro) en la barra continúan discutiendo sobre la mejor hora del verano para salir a la calle en Sevilla. Lucinda, la camarera, retoma la recogida de platitos con restos de patatas. Y Doña Claupendia da un gracioso saltito al encontrarse, en lo más hondo del bolso de tela, un par de monedas para seguir alimentando a la máquina traga perras.—No te digo que lo entiendas, solo que lo respetes. —Dice Ramón, con aires mesiánicos.

—Pero ¿Cómo vas a ser Dios, Ramón? —interviene Gervasio—A ver, haz algo de Dios.Y según Gervasio deja la cerveza en la mesa automáticamente vuelve a tener la bebida entera.

Los amigos de Ramón guardan silencio. Pensativos. ¿De verdad su amigo de toda la vida es Dios? ¿El hijo del Matías? ¿Qué ha echado todos los domingos de su vida la partida de mus en el Bar Benancio? Se miran. Miran a Gervasio. Miran a Ramón y se vuelven a mirar. Efanor, arrancando la frase con tartamudeo sujeta su vaso.—¿Qué ha pasado, Ramón? —Traga saliva —¿Qué truco de magia raro es este?

—Que te he dicho que soy Dios, Efanor, y no me crees—Alega Ramón atusándose la frondosa barba blanca.

—Y ahora, después de más de 40 años que nos conocemos, dices tan pichi que eres Dios—Gervasio bebe de un trago y deja la cerveza vacía de nuevo en la mesa.—Mirad. ¿Veis a Doña Claupendia? Pues va a saltar la máquina—apunta El Creador chasqueando los dedos: "clac"—Lucinda va a salir corriendo con un vaso dónde echar las monedas (clac) y a su paso va a tropezar con esos dos que andan hablando del verano en Sevilla (clac). Por cierto, ya os digo que es imposible estar en verano en Sevilla. Mirad.Y dicho esto sucede la escena. Ramón coge una aceituna. La saborea, la despelleja con las muelas y lanza el huesito al platito.—Entonces ¿Ya no te llamamos Ramón? ¿Te llamamos Dios?¿El señor Dios?. Dios mueve la cabeza lentamente entre suspiro. Se pone en pie. Hace una seña a Lucinda para que traiga la cuenta de lo que han bebido y comido. Extiende los brazos formando una cruz y grita “Saciad vuestro hambre y vuestra sed, hijos míos, cuidad al prójimo y quereros y huid del mal que acecha

en cada rincón” – dice ante la incredulidad de los parroquianos.

En aquel momento las cervezas se duplican, las tapitas de aceituna, y las banderillas con anchoas aparecen por pares. Lucinda que contempla el jolgorio a medio camino de la mesa, revisa estupefacta la nota que lleva en la mano. 16€ en la cuenta de la mesa 2 (a nombre de Ramón, Efanor y Gervasio). Cuando Efanor se rinde a la idea de que su amigo Ramón es Dios, El Creador, El único, El padre de todos, resulta que en la mesa solo lo acompaña su amigo Gervasio. Ni rastro de Dios. Una pareja que entra al Bar Benancio, a tomar el aperitivo un domingo de Septiembre, en la mañana, da un respingo al oír, desde una de las mesas:

—¡Me cago en Dios!